

PORVENIR

DE

LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

EN ESPAÑA.

Artículo Primero.

El origen, naturaleza y objeto de las comunidades religiosas, lo escaminamos estensamente en otro lugar (1). Allí quedó demostrado á la luz de la filosofía y de la historia, que los incrédulos y los protestantes, al condenar estos santos institutos, desconocían la religion, la sociedad y el hombre. Algo indicamos tambien de nuestra opinion sobre el error de los que creen destruido para siempre lo que tiene reservado un ancho porvenir; mas como quiera que entonces hablamos en general, y que el carácter de la obra ecsigia mas bien investigaciones históricas que pronósticos y conjeturas, todavía nos queda mucho que decir bajo este aspecto, mayormente aplicándolo con especialidad á nuestra España.

Segun el juicio que cada cual forma sobre la suerte de las obras de la revolucion, divídense las opiniones en lo tocante al porvenir de las comunidades religiosas. Los que esperan ó temen una restauracion mas ó menos cumplida, miran como una de sus consecuencias el restablecimiento de las mismas; y los que se prometen

(1) Véase el tomo tercero de la obra publicada por el autor titulada: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, desde el capítulo 38 hasta el 47, ambos inclusive.

ó temen que la revolucion será invencible en sus efectos, y que no es posible deshacer lo que ella ha consumado, consideran como cosa muy difícil, y poco menos que contradictoria, el renacimiento de lo que murió á mano airada y de una manera tan estrepitosa. No compartimos el parecer de unos ni de otros; en nuestro juicio, volverán á brotar en el suelo español las comunidades religiosas bajo una ú otra forma; y este hecho, que se está verificando en todos los paises, aun los mas trabajados por los huracanes de la revolucion, se realizará en la católica España con mayor estension, grandor y prontitud que en otras partes, tan luego como cese el dominio de la fuerza y se establezca y consolide un gobierno. Y cuando de gobierno hablamos, prescindimos de la forma; solo nos referimos á una situacion regular que ofrezca algunas garantías de orden, y que no consienta que se atropelle la libertad individual como se ha hecho hasta aquí, ora por los desmanes de asalariada plebe, ora por el despotismo de gobiernos que oprimian y tiranizaban apellidando libertad y ley.

Suponiendo sancionadas las destrucciones de la revolucion y consolidadas sus obras, y que el gobierno regular que en tiempo mas ó menos lejano se establezca, sea nacido de los poderes y de las formas creadas por ella, todavía creemos que renacerán las comunidades religiosas, sin designio por parte de dicho gobierno, sin que les dispense ninguna clase de proteccion; antes al contrario, á pesar de la desconfianza con que las mirará, de los embarazos que les suscitará, y hasta de cierta resistencia que les opondrá; todo siguiendo las inclinaciones y los instintos de la madre que le habrá dado el ser y le habrá criado en su seno. Todo gobierno nacido de una revolucion adolece un tanto de achaques y celos revolucionarios. Tal es la naturaleza de las cosas.

¿Cuál será la forma de las comunidades religiosas que aparecerán en España? Difícil es decirlo, si en esta forma vienen comprendidos los nombres, los trages y los pormenores de la regla; pero si la palabra se toma en acepcion mas elevada, si se trata únicamente del objeto á que se destinarán y de aquí se intenta deducir su carácter distintivo, entonces es mas fácil responder á la pregunta, aventurándose á conjeturas no destituidas de fundamento.

Recordaremos aquí lo que espusimos y demostramos estensamente en el lugar arriba citado, á saber: que las comunidades religiosas eran un producto espontáneo de la misma religion; que en su esencia eran idénticas, bien que su forma sufria modificaciones acomodadas á las circunstancias de lugar y tiempo, sobre todo, al objeto peculiar y característico á que cada cual se destinaba. Probamos

tambien que la historia enseñaba que dichas comunidades habian tomado siempre una forma conveniente para satisfacer grandes necesidades de la religion y de la sociedad. Asentados estos principios tenemos la clave para adivinar el porvenir.

En primer lugar es cierto que los institutos religiosos renacerán, allí donde se conserve la religion; y como en España fuera inexacto el proyecto de estirparla, bien podemos asegurar que la causa producirá su natural efecto mas ó menos tarde.

Dos grandes necesidades aquejan á la sociedad actual: un retiro para los fastidiados del mundo, y un freno para la plebe. La sed de goces que devora á la generacion de nuestro siglo, acarrea mas pronto que en otros el cansancio, el tedio, el hastio de gozar; el espíritu se abate y se postra despues de haberse fatigado en pos de mentidas ilusiones; y para colmo de desesperacion, viene á secarlo todo, á deshojarlo todo, una literatura, que á lo inmoral é inundo, reúne el defecto que no se le achaca, y que sin embargo, es de los mayores de que adolece: el no tener entrañas. Disminuye el bien, éssagera el mal: finge sin pudor cuando no le sufraga la realidad, y cuando esta se la brinda con hechos positivos, cuida de presentarlos bajo el aspecto mas negro, mas asqueroso, mas desconsolador y desesperante. Al mozo de veinticinco años le cubre la cabeza de canas, y no las canas que anuncian prudencia y reposado juicio, sino las que abrigan suspicaz desconfianza, desprecio de los demas hombres, tedio de la vida, mundo sin ilusiones, recuerdos punzantes, tinieblas sin un rayo de luz, males sin remedio, dolores sin consuelo, porvenir sin esperanza. Entregarse á nuevos goces es inútil para distraer el entendimiento y minorar la pesadumbre del corazon: los resortes están gastados, el alma está rendida y floja; solo una nueva vida podria remozarla. La embriaguez del deleite y el encenegamiento en sus mas repugnantes lodazales, solo produce una tregua de momento: como el ébrio que ahoga sus pesares con vino, se halla al despertar á la mañana siguiente, con la triste realidad, cara á cara con su infortunio.

A este desgraciado, el mundo le dice, "suicídate;" la religion le clama: "abandona un mundo que te abandona; refrate, llora tus extravíos en penitente soledad, y encontrarás el camino del cielo, cuyas dulzuras comenzarás á sentir ya en medio de las austeridades de la tierra." El mundo impío y cruel se mofa de sus propias víctimas, las abandona á todo el horror de su suerte, despues que ellas le han sacrificado su honor, su salud y su fortuna. "Ya que no sirves para tomar parte en mis orgias, ahí está el mar que te tragará de muy buena gana, y me ahorrará la molestia de oír tus pla-

nidos; ahí está un elevado picacho, una altísima torre, de donde puedes derrumbarte á tus anchuras; ahí están los puñales, ahí el veneno, ahí el dogal, ahí las armas de fuego; y si eres cobarde, si no te atreves á ver la muerte bajo formas terribles, tiéndete sobre elegante y mullido sofá, cúbrete de tus mejores vestidos, respira delicados perfumes, lee brillantes páginas de un libro aterciopelado, y aguarda que el humo del carbon cierre tus ojos para no abrirlos jamas. En los momentos de soporoso delirio, murmulla todavía un nombre querido, y halágate con la grata esperanza de que al amanecer de mañana, cien y cien hojas publicarán tu trágica muerte, y pedirán al lector una lágrima para tus cenizas."

La religion tiene mas misericordia, la religion no deja nunca sin esperanza: el error y el vicio, la mentira y el crimen, no carecen de perdon, mientras el culpable vive sobre la tierra. Levantar los ojos al cielo y decir compungido: pequé, basta para lavar las mayores iniquidades. La postracion de espíritu, los malos hábitos, las llagas mas rebeldes, todo cede á la eficacia de los remedios que el Señor confió á su Iglesia. El arrepentido puede salvarse en todas partes; pero si se resuelve al acto heroico de abandonar el mundo, si pasa los umbrales del claustro, colocándose allí á esperar la hora señalada para descender al sepulcro, entonces su corazon se siente aliviado, descargado completamente del peso que le agobiaba; un nuevo soplo de vida ha reanimado su rostro, el cielo brilla con nueva luz, y la existencia que se creia próxima á extinguirse, se siente robusta y briosa, con aliento para avanzar con rapidez en los senderos de la virtud.

Estos recursos valen, por cierto, algo mas que el suicidio; de esta manera se ahorra al desgraciado una catástrofe, á las familias un desconsuelo, una pérdida á la sociedad; y cuando la soledad del claustro no ofreciera otras ventajas, no seria para olvidada á los ojos de ningun hombre compasivo. En todos tiempos han necesitado de este retiro las almas afligidas que en medio de sus tribulaciones sintieron que descendia para ellas una inspiracion sublime y consoladora; pero tal es la situacion de los espíritus, tal el desarrollo simultáneo de todas las facultades del alma, tal el vacío que experimentan los corazones grandes, que si de aquí á algun tiempo se levanta en los desiertos una mansion sombría, donde se establezcan la austeridad y la oracion, será objeto de viva curiosidad para esa juventud ardiente que busca un pábulo á sus sentimientos de llama, y no faltarán algunos que trocarán los placeres de Roma por el silencio y los rigores de la gruta de Belen.

En España mas que en otras partes, se verificarian estas admira-

bles transformaciones, que el mundo no comprende, y que solo la religion explica; porque en este suelo clásico de fe y de piedad, la revolucion no ha podido ahogar la semilla preciosa; no ha hecho mas que cubrirla con escombros; pero allí se conserva abundante y viva para producir copiosos frutos el dia que el sol de la gracia la hiera con sus rayos fecundantes. Mas no se crea que esto nos pertenece exclusivamente, tambien en otros paises se observa el mismo fenómeno; en el proceloso mar en que viven sumidas las generaciones presentes, ojos cansados de buscar una playa donde se encuentre reposo y consuelo, se vuelven á la religion y la miran con esperanza y cariño. Se ha sondeado el corazon humano despues de quitada la religion, se le ha revuelto en todos sentidos, se ha pretendido descubrir su fondo, pero cuantos se han abocado á la tenebrosa sima, han oido una voz dolorida que pedia un Dios. El genio del mal lo conoce, y no se olvida de tomar sus precauciones.

“Es necesario ir con tiento en eso de institutos y monasterios. . . . esa juventud ardiente, poco satisfecha de sí, y fatigada del mundo, se lanzaria con afan á ellos, ansiosa de saborear las impresiones religiosas.” Estas palabras se las dijo al que esto escribe, un extranjero de distinguido mérito y no vulgar categoria; y el que lo escuchaba tomó acta de confesion tan esplicita y franca, porque en ella venia espresado un pensamiento que compendiaba todo un sistema.

Digan lo que quieran los enemigos de la religion, se conservan todavía profundamente grabados en el corazon de los españoles, los sentimientos cristianos; todavía oímos á cada paso recordar con entusiasmo mezclado de dolor, las visitas que se hicieron á los monasterios de la Cartuja y de la Trapa; todavía notamos que se echa menos el sabroso dia que se disfrutó en una de aquellas sublimes soledades. El canto de los monges, los resonantes ecos de silenciosos corredores, el mugido de los bosques cercanos, el vibrante y grave sonido de la misteriosa campana, el aspecto venerable de un anciano encanecido en la penitencia, el angelical semblante de un compungido novicio, la frente serena de la edad viril, anunciando un corazon brioso sojuzgado por la gracia; y una conciencia sin mancha ni remordimiento, son objetos que todavía no se han olvidado; y mas de una vez se enciende la indignacion en los pechos generosos, al pensar que á tan santas mansiones se atribuyese la impiedad con sus puñales y sus teas.

Establecimientos de grande abstraccion, de mucha austeridad, donde se reuniesen hombres llamados por Dios para resucitar la vida de los primitivos monges, encontrarían en el pais las mayores simpatías; no habrian menester el apoyo del gobierno; porque se lo su-

ministraria con mucho gusto la piedad de los pueblos. Y esto se verificará tan pronto como el gobierno alee una prohibicion que tan visiblemente se opone á la libertad que tiene cada individuo de entregarse al género de vida que considera mas conveniente para servicio y gloria de Dios y santificacion de su alma. Si se admite sin contradiccion que el gobierno carece de facultades para impedir que se reúnan algunos individuos en una empresa industrial ó mercantil, si se deja á los ciudadanos en completa libertad para fijar su residencia donde mejor les agradare, si nadie ha pensado en vedar que se edifiquen casas en poblado ó en desierto, mientras no se dañe á la propiedad de nadie, y que en ellas vivan una ó mas familias del modo que creyeren mas conveniente, con tal que ni la moral ni los intereses públicos ó particulares no sufran perjuicio, ¿con qué derecho se prohibirá que se reúnan en la soledad algunos hombres para orar y ejercitarse en prácticas de devocion y de penitencia? Mientras no ataquen la propiedad ajena, ¿qué os importa que vivan de la limosna ó del trabajo de sus manos? Bien necesario es que la impiedad haya trastornado lastimosamente las ideas, introduciendo las preocupaciones mas chocantes é injustas, cuando se hace necesario insistir sobre verdades tan claras, tan evidentes, tan sencillas.

Que la codicia se cebé en pingües patrimonios, y procure por todos los medios posibles apoderarse de ellos y conservarlos, lo concebimos muy bien; que el gobierno arrebatao por el torbellino de la revolucion y cegado por el frenesí de la impiedad, se arroje á pasos injustos y se preste á servir de instrumento á pasiones innobles, tampoco nos es incomprendible; pero que pasado el calor de los primeros momentos y establecido un gobierno regular, se intentase proseguir en un sistema de suspicacia y desconfianza, desconocidas en todas las naciones católicas y hasta en las protestantes, que bajo el nombre de libertad se quisiese continuar oprimiendo las conciencias, no dejando respiradero á las creencias de la nacion, esto fuera una aberracion inefable, un despotismo irracional, una vejacion sin motivo ni pretexto, un insulto hecho á la religion de los españoles, un empeño de prolongar un estado violento, y por consiguiente poco durable.

La voz de los hijos de San Ignacio y de Santo Domingo de Guzman, resuena en las catedrales de la Francia, con gloria de la religion y con provecho de los fieles y de los incrédulos. Cuando se anuncia un sermón de Ravignan ó de Lacordaine, acude al templo una inmensa muchedumbre, que no bastan á contener las mas espaciosas basílicas. En aquella misma capital donde fueron calum-

niados los institutos religiosos durante largos años, de la manera mas escandalosa, allí donde se firmaron los decretos de su proscripcion, allí se presentan los individuos de las odiadas religiones, atrayendo con el encanto de su elocuencia, convenciendo con la fuerza de sus razones, dominando y arrastrando con el fuego y la energía de su palabra. A oírlos acuden las primeras notabilidades de la Francia; mezclados con una juventud que siente la imperiosa necesidad de llenar el vacío que en su espíritu dejara la irreligion; allí acuden para oír y admirar á hombres cuya vida y palabras son la mas elocuente protesta contra las pérdidas calumnias de una filosofía, que despues de haberse manchado con las mas crueles injusticias, no dejó sobre la tierra mas que escepticismo y desesperacion. En vano se alarman los volterianos, en vano levantan su voz, en vano se oponen á que triunfe la causa de la verdad: Dios ha soplado sobre la tierra, y la faz de la tierra será renovada. El espíritu del mal nada puede contra el Todopoderoso: la Francia ha visto ya ruidosas y admirables conversiones, y las está viendo todavia; el claustro le quita al mundo reputaciones ilustres, que el Señor de las misericordias no se ha olvidado de que la patria de Voltaire fué tambien la patria de San Luis.

En la protestante Inglaterra, en aquel reino donde se conserva todavia dominante el cisma de Enrique VIII, renacen tambien las comunidades religiosas: en Lóndres mismo están los jesuitas, esos jesuitas cuyo solo nombre escaltaba en otros tiempos la cólera del gobierno inglés, y levantaba la persecucion. Otrós institutos van estableciéndose de nuevo en aquel pais; y numerosos conventos de mugeres están edificándole con sus virtudes y con su celo en educar á la infancia y en consolar al infortunio.

¿Por qué no se ha de verificar tambien lo mismo entre nosotros, en la patria de Santo Domingo, de San Ignacio de Loyola, de Santa Teresa de Jesus, y de tantos insignes fundadores? ¿Por qué el pueblo católico por escelencia, se ha de ver privado de lo que disfrutan los pueblos protestantes? ¿Por qué ha de continuar ese abismo que nos separa de nuestros mayores, que ultraja nuestras creencias, marchita nuestros mas hermosos recuerdos, y nos presenta á los ojos del mundo como avergonzados de nuestra religion, de nuestras tradiciones, de que pertenecemos á la nacion que se adquirió un renombre inmortal por la adhesion á la fé y á las santas prácticas é instituciones de la Iglesia católica?

Que no es verdad, no, que tal sea la voluntad de la nacion; que no es verdad, no, que tal deseé, ni aun consienta la inmensa mayoría de los españoles; no: el pueblo español no ha quemado los con-

ventos, ni degollado á los religiosos; el pueblo español no se ha hecho cómplice de tamañas iniquidades; el pueblo español las ha visto con dolor, con profunda pesadumbre sin poder evitarlo; porque desgraciadamente la historia y la esperiencia enseñan, que en tiempos agitados y turbulentos, lo que domina no es la voluntad de los pueblos, sino las facciones mas inmorales, compuestas de cuanto la sociedad abriga de mas abyecto y dañino.

El mismo curso de la revolucion ha venido aclarando los hechos, desmintiendo las calumnias, manifestando lo siniestro de las intenciones, descifrando el misterio de tanta declamacion contra los cuantiosos bienes, contra la relajacion de los frailes, dejando sin máscara á los hombres que mas se distinguieron por su celo destructor. ¿Dónde están los bienes de las comunidades religiosas? ¿Qué provecho ha sacado de ellos la nacion española? ¿Qué contribuciones se han disminuido? ¿Qué ramos de riqueza se han vivificado? ¿Qué necesidades se han satisfecho? ¿Qué deudas se han estinguido? ¿Qué infortunios se han consolado? La nacion lo ve, lo palpa; la realidad se le presenta de una manera tan cruel, que de ella no podria apartar los ojos aun cuando quisiera. Despues de tantas promesas, despues de tan lisonjeras esperanzas como se pretendia inspirarle, al fin ha presenciado lo que ella temia; solo sabe una cosa, una sola cosa: los bienes no ecisten, se han improvisado, grandes fortunas, y los religiosos mendigan.

Y cuenta que la nacion no ha sido engañada; lo que ha sucedido ella ya lo previa; porque desgraciadamente bastante la habia amaestrado la esperiencia de lo pasado, para conjeturar sobre el porvenir.

Pero despues que la revolucion, perdiendo sus formas de osadia aterradora, se ha mostrado en toda su desnudez, dejando espuestas á la vergüenza pública todas las miserias que en su seno abrigaba; despues que la nacion escandalizada, ha visto la sed de mando, la mezquina codicia, y todas las pasiones rastreras que se ocultaban bajo los pomposos nombres de libertad, de igualdad, de regeneracion social; despues que ha visto al mas destemplado orgullo, la mas despreciable vanidad, la mas asquerosa impudencia, campeando en altas regiones, gloriarse de sus flaquezas y de sus maldades, escogir á los presentes el apoteosis y á la posteridad un renombre inmortal; despues que la nacion eminentemente juiciosa, sesuda, amante de la verdad y de la virtud, ha visto que de tal suerte se divinizaban á sí mismos la mentira y el crimen, desde entonces el desengaño mas cruel se ha apoderado hasta de los mas necios; desde entonces han vuelto á renacer mas vivos, mas fuertes, los sentimientos que en su pecho ocultaba la nacion; desde entonces no ha podido con-

tener la indignacion que ahoga á duras penas, y recordado con mas cariño la augusta religion, objeto de tan sacrilegas profanaciones, ha vertido lágrimas de dolor sobre instituciones augustas que derribara una mano impia.

Estos desengaños no serán estériles; estos escarmientos producirán sus resultados. Sucesos hemos visto de inmensa trascendencia, que por cierto la revolucion no los preveia; pues bien, otros vendrán con el tiempo, que consumarán la obra de salvar á este gran pueblo, que despues de diez años de sufrimiento, tiene ciertamente indisputable derecho á decir: *basta*.

No nos hacemos ilusiones con esageradas esperanzas, no desconocemos del todo la situacion de las cosas, no se nos ocultan los obstáculos que ha de encontrar el bien, y los poderosos auxiliares con que cuenta el mal; sabemos que una revolucion que ha campeado tan largos años en un pais, deja huellas profundas y daños irreparables; pero todavía no hemos podido abandonar la esperanza de que llegará por fin un día de justicia, de que la obra de iniquidad encontrará adversarios que le hagan frente con dignidad, con recta intencion, con firmeza, con intrepidez, cual cumple á verdaderos españoles; y cuando esto suceda, triunfará la causa de la razon y de la religion, porque hallará universal y decidido apoyo en la inmensa mayoría de los españoles, fatigados de asistir á tan lamentables escenas de escándalo y mentira.

Cuando la religion quede, no diremos triunfante, pero al menos libre de las cadenas que en diferentes sentidos la estrechan y oprimen, cuando estén restablecidas las relaciones con el Padre comun de los fieles, cuando las iglesias no hayan de llorar la ausencia de sus pastores, cuando se permita á la fé y á la caridad hacer las obras que les inspire el cielo, entonces renacerán de una ú otra manera las comunidades religiosas; entonces, ó en las ciudades ó en los desiertos, se establecerán reuniones de hombres que practiquen con vida austera y santa los consejos del Evangelio, y levanten al Señor un corazon ardiente y puro, rogando por la conversion de aquellos que con mas furor los persiguieron.

y contra la desobediencia que se ha cometido al punto de vista de la moralidad, que no se debe al punto de vista de la moralidad como se ha dicho.

Artículo Segundo. Sección II. De la ocupacion de los individuos de la familia. Sección III. De la ocupacion de los individuos de la familia. Sección IV. De la ocupacion de los individuos de la familia.

Dado que vivimos en un siglo de positivismo material, nos permitiremos una observacion sobre las ocupaciones á que podrian dedicarse con provecho propio y ventaja del público los nuevos solitarios. No creemos que los cestos, las telas groseras y otros artefactos sencillos y de poco valor, en cuya fabricacion se ocupaban los monges de Oriente, sean á propósito en nuestros tiempos sino para hermohear poéticos recuerdos de una vida inocente. Las ocupaciones no solo deben encaminarse á no dejar el espíritu en ocio, distrayéndole de los pensamientos malos, y apartándole de entretenimientos dañosos, sino que es preciso procurar en cuanto cabe, que el trabajo mental ó material sea verdaderamente *útil*, que produzca resultados positivos, y que cuando menos, satisfaga con su fruto el tiempo y las fuerzas que en él se invirtieron.

Por estos motivos dejamos para los utopistas el empeño de emplear á los monges en los trabajos manuales á que en otros tiempos se dedicaron. Atendido el desarrollo que ha tomado la industria, y la estension y perfeccion de la maquinaria, tampoco conceptuamos posible que se imitara á aquellos monges mas ingeniosos, que segun nos refiere Paladio, ejercian toda clase de oficios. Sabido es que la organizacion social antigua, en nada se parece á la moderna; lo que entonces pudiera ser muy útil al público, y hasta ganancioso á los que en su retiro se ocupaban en este linaje de tareas, no seria mas en la actualidad que un mero pasatiempo, sin esperanza de que fuera recompensado el trabajo, á no ser que se le quisiese estender en una escala que comprometiese el sosiego de los cenobitas, y rebajase el santo decoro con que deben ofrecerse á los ojos del público.

Parece, pues, que el tiempo sobrante despues de las prácticas de su instituto, la lectura de las Sagradas Escrituras y estudios sobre la religion, no podrian ocuparlo de una manera mas agradable, mas útil, y al propio tiempo mas decorosa, que dedicándose á aquella clase de ciencias naturales, que no necesitando de costosos instrumentos ni continuo contacto con el mundo, se avienen con la paz de los campos y la abstraccion de la soledad. La agricultura, horticultura, selvicultura, la química en sus aplicaciones á los sobre-

dichos ramos, la botánica en sus partes mas acomodadas al clima y demas circunstancias del lugar, la geología en sus relaciones con el pais de la residencia, podrian llenar útil y agradablemente los intervalos de la oracion y de los estudios sagrados. Estas ocupaciones, procurando á las ciencias muchos adelantos, conciliarian á los monges aquella estimacion y aprecio, que unidos á la veneracion inspirada por una vida pura y austera, arrancan del corazon del hombre aquel sentimiento que mas se aprocsima á la adoracion; pues en el se combinan el agradecimiento de un beneficio, el reconocimiento de alta sabiduria, y la admiracion por la práctica de virtudes heróicas.

Inglaterra es uno de los paises donde mas adelante se han llevado los progresos de la agricultura; y sin embargo, los monges benedictinos establecidos allí, han logrado distinguirse por sus mejoras en este ramo. Esos religiosos, que al beneficio de la enseñanza renunen el del perfeccionamiento material, han comprendido el espíritu del siglo, conociendo cuán importante era manifestarle con hechos palpables, que la religion no estaba reñida con el adelanto de los pueblos en ningun género; y que semejante á su Divino Maestro, mientras va caminando hácia el cielo, sabe *pasar haciendo bien sobre la tierra. Pertransiit benefaciendo.*

Los modernos, tan ansiosos del progreso científico, han descuidado en demasia el poderoso auxiliar que en ciertas materias podrian encontrar en los monasterios. Lo sucedido en los siglos bárbaros, en la época del renacimiento, y aun mucho tiempo después, hubiera debido servir de leccion para en adelante. Sabido es que el no interrumpido encadenamiento de observaciones, es el mejor medio para hacer progresar las ciencias naturales, y que á ellas puede aplicarse tambien en algun modo el principio de la division del trabajo. ¿A qué grado de exactitud y delicadeza no puede llevar sus experimentos un hombre que en ellos se ocupa por espacio de medio siglo, sin mas distraccion que el murmullo de los vientos y de los bosques, sin mas escenas que llamen su atencion que los campos y el firmamento? ¿un hombre que se ocupa porque á ello le impelen la necesidad de evitar el tedio, de huir de los malos pensamientos, y la obligacion que le imponen las reglas de su instituto? Y cuando los años han consumido su existencia, cuando su vista percibe mal los objetos, y sus manos trémulas no sostienen con seguridad y pulso los instrumentos que le sirven para interrogar á la naturaleza, aquel hombre no va á descender todo entero al sepulcro; largos años antes que se corte el hilo de sus dias, se habrán formado á su lado aventajados discípulos, que estarán en po-

sesion de sus manuscritos y apuntes, que habrán recogido de su boca todo el caudal de observaciones recogido en una dilatada vida, que le habrán asistido en las operaciones, que con él habrán practicado los experimentos, que habrán heredado sus relaciones con los sabio seculares, que podrán sustituir completamente á su difunto maestro. El espíritu de conservacion y perpetuidad que distingue á estas corporaciones, se comunicará á la ciencia; y las naturales, perpetuadas sin interrupcion, son las ciencias en progreso, dado que este consiste principalmente en el acumulamiento que se hace de las adquisiciones presentes con la herencia de las pasadas.

Contra estas reflexiones se objetará tal vez que el mismo espíritu tradicional y conservador que distingue á esta clase de corporaciones seria un obstáculo á sus progresos en las ciencias naturales; alegándose para robustecer la objecion el ejemplo de lo sucedido en los últimos tiempos. Mucho tiempo habia que estaban desterradas de las escuelas filosóficas cierta clase de opiniones, y se las ve todavia sostenidas y defendidas con vigor en los claustros; ya nadie en el mundo se acordaba de las doctrinas aristotélicas, y aun servian de libro de testo en algunos institutos religiosos los autores mas aferrados á ellas. Esta dificultad, que no deja de ser algo grave, quedará desvanecida si se advierte que tratando de las ciencias de observacion no ecsiste el riesgo de estacionarse como en las otras; porque ó pierden su naturaleza, ó continúan desenvolviéndose cada dia con la nueva luz que suministran los experimentos sucesivos.

Si se replica que cabalmente las ciencias de observacion son las que habian sufrido mas atraso en los últimos tiempos, advertiremos que donde esto se habia verificado, no ecsistia la observacion propiamente dicha, y que la fisica era tratada por un método puramente especulativo, no adueñándose los hechos sino como una especie de ejemplos para ilustrar la doctrina de antemano establecida. En efecto: basta tener alguna noticia del sistema que dominaba en estas materias para no ignorar que consistia en una serie de principios y deducciones, que encerraban mucho de abstracto y puramente metafísico. Arreglada de este modo la enseñanza, claro es que ella inclinaba de suyo á prescindir de la observacion de la naturaleza; y añadiéndose á esto el descuido del estudio de las matemáticas, se hacia hasta imposible dar un paso adelante, supuesto que ella inclinaba de suyo á prescindir de la observacion de la naturaleza toda es eminentemente matemática. Pero es evidente que los estudios que ahora se principiasen no se parecerian á los anteriores; que estos se hallarian cimentados sobre la observacion, y que no teniendo punto de contacto con los antiguos métodos, comenzarian poniéndose desde luego al nivel de los últimos adelan-

tos. Una vez establecida la observacion como primer elemento científico, es ya imposible no proseguir en ella; la ciencia podrá estar mas ó menos descuidada segun la mayor ó menor asiduidad de observacion y deducion de los que en ella se ocupen; pero no es dable volver á las puras teorías y convertir en meramente especulativo é hipotético lo que se ha cimentado sobre el testimonio de los hechos.

Ademas, que fuera desconocer lastimosamente la historia de las ciencias naturales y esactas el decir que las comunidades religiosas no han contribuido poderosamente á sus progresos; pretendiendo que el espíritu conservador que las distingue hace que se aferren obstinadamente á las opiniones antiguas, no cuidando de los adelantos que en dichos ramos van haciendo los sábios del siglo.

Cabalmente el primer impulso que en Europa recibieron las ciencias naturales y esactas les vino de un monge, que reniando los conocimientos de los árabes á los restos que pudo hallar en los países cristianos, abrió en el siglo X, en este mismo siglo que no sin razon se apellida de hierro, cátedras de matemáticas, de geografía y astronomía. Ya entenderán nuestros lectores que hablamos del famoso Gerberto, que despues fué Papa con el nombre de Silvestre II. El ingenioso cenobita construyó con sus propias manos dos esferas, para hacer sensibles á sus alumnos las verdades astronómicas. En la una, estaban señalados los polos, los solsticios, los equinoccios, y ademas, todos los círculos con los signos de las constelaciones del zodiaco; de manera que se ofreciesen á la vista los fenómenos del movimiento diurno y anuo del sol, explicándose de esta suerte su orio y ocaso, y la variedad de las estaciones. En la otra, estaban figuradas las estrellas por medio de hilos de alambre y de hierro, orientándose la esfera con una abertura por la cual se podia fácilmente ver el polo celeste. La construccion era tan á propósito para la enseñanza, que uno de sus contemporáneos nos dice que bastaba la esplicacion de un signo para que sin maestro comprendiesen todo lo demas las personas no versadas en astronomía.

Escribió tambien una obra sobre geometría, que aun en la actualidad, y no obstante los adelantos de ocho siglos, no deja de ser interesante. Como era tanta la ignorancia de aquella época, y en tan reducido número los que conocian las cuatro reglas de la aritmética, hizo construir un tablero donde con caractéres formados adrede, explicaba las operaciones de multiplicar y dividir, hablando á un mismo tiempo al entendimiento y á los ojos.

Tanto se aventajaba á su siglo el saber de este hombre singular, que sus enemigos le calumniaron suponiéndole entregado á la má-

gia. De este y otros cargos le vindica el alemán Hock en la obra que acaba de publicar, titulada: *Historia del Papa Silvestre II y de su siglo*. Por ella se ve que si bien este hombre insigne no estuvo esento de faltas, no dejó de ser la lumbrera de su tiempo, y uno de aquellos genios extraordinarios que mas contribuyen á impulsar la humanidad en la carrera del adelanto.

En el siglo XIII vemos que otro religioso adquiere altísima fama en materia de conocimientos naturales, hasta llegar el vulgo á atribuirle invenciones maravillosas. Hablamos de Alberto Magno. Por cierto que no serán muchos ahora los que den crédito á la construccion de la famosa cabeza de metal que respondia de repente á todo linage de cuestiones; ni tampoco que el buen religioso cambiase el invierno en estío, un día que habia convidado á comer á Guillermo, conde de Holanda y rey de los romanos; pero estas fábulas prueban la reputacion de aquel á quien se atribuyen, indicando que debia de ser mucha la ventaja que llevaba á los hombres de su tiempo.

En el propio siglo florecia en Inglaterra el insigne franciscano Roger Bacon, tan célebre por sus conocimientos en las ciencias naturales, y por este motivo acusado de mágia, de cuyo cargo se vindicó completamente. Hizo los mayores adelantos en matemáticas, astronomía, óptica, química, llenando de asombro á sus contemporáneos, y mereciendo por esta razon el título de *Doctor admirable*. Parece imposible que en el siglo XIII se llevasen tan adelante los progresos científicos; bastará decir que Bacon propuso ya al Papa Clemente IV la reforma del calendario, y que si bien no conoció los anteojos, los telescopios y microscopios tales como ahora los disfrutamos, no obstante, preparó el camino á ulteriores descubrimientos con sus trabajos sobre la refraccion de la luz, sobre los vidrios y espejos esféricos, sobre el tamaño aparente de los objetos y otros puntos análogos. En un tiempo en que estaba tan descuidada la observacion, hizo ya notar que ella era necesaria si se queria progresar en las ciencias; adelantándose así á indicar lo que tres siglos despues habia de reducir á sistema su célebre compatriota el otro Bacon de Verulamio.

Fácil sería recordar nombres ilustres que nos presentan la santidad del claustro reunida con gran copia de conocimientos en las ciencias naturales y esactas; pero pasándolos por alto, citaremos al famoso Cavalieri, quien preparó el camino al descubrimiento del cálculo infinitesimal. No intentamos ni aun remotamente disminuir la gloria de Newton y Leibnitz; pero no fuera nada extraño que los trabajos del sábio Jesuato italiano hubiesen contribuido á inspi-

rar aquel pensamiento sublime, eterno monumento erigido á la gloria del entendimiento del hombre, y que tan vigorosamente empujó á la ciencia en el camino de regiones desconocidas.

Los comentarios de las obras de Newton, de esas obras que por su profundidad no estaban al alcance de la mayor parte de los profesores de la ciencia, sabido es que salieron de las celdas de dos padres mínimos, tan famosos por su saber como por su modestia. *La Suesur y Jacquier*. Así el *Comentario sobre los principios de Newton* como el *Tratado de cálculo integral*, lo compusieron estos dos religiosos, trabajando cada cual lo que creía conveniente, cotejándolo en seguida y confundiendo el fruto de sus tareas, de manera que los lectores no pudieron saber la parte que á cada uno correspondía. Ambos compusieron por entero el *Comentario sobre Newton*; mas no sabemos á cuál de los dos pertenece lo principal del mérito.

Estos gloriosos recuerdos debieran bastar para que no cause ninguna extrañeza que presentemos como muy acomodado á la vida solitaria el estudio de las ciencias naturales, y no demos mayor importancia á otra clase de tareas mas análogas á las tradiciones de los monasterios, pero no mas adaptadas á la gravedad de su instituto. En los siglos bárbaros, se nos dirá, se ocuparon los monges en la traslación y conservación de los manuscritos mas preciosos; posteriormente contribuyeron de una manera muy particular al renacimiento y desarrollo de las letras; y por fin, en la época de la crítica, cuando se acometió con mas empeño la ilustración de lo que antes amontonara la erudición indigesta, se señalaron por sus inmensos trabajos en esta clase de estudios, haciendo competir la estension con la profundidad y la exactitud. ¿Por qué, pues, no podrían continuar ahora en sus antiguas tareas? ¿por qué los monges del siglo XIX no se dedicarían como sus ilustres predecesores á la aclaración y perfeccionamiento de la historia eclesiástica y profana? ¿por qué no revolverían tambien los archivos donde están enterradas tantas preciosidades, donde yace, por decirlo así, la vida política y doméstica de nuestros ascendientes, que tan olvidada han dejado hasta aquí los historiadores, no cuidando sino de conservarnos nombres de príncipes y reyes, pintarnos sangrientas batallas y otras cosas por este tenor, que poco ó nada nos enseñan sobre la vida íntima de los pueblos; sobre esa vida que tanto nos agrada ver descrita, y á cuyo análisis nos impele el espíritu investigador y filosófico de nuestra época.

Especiosas como son estas reflexiones, quedarán destituidas de todo peso si se considera que en este artículo estamos hablando de monges nuevamente establecidos, y que por lo mismo estarian fal-

tos de los archivos y bibliotecas que abundaban en los antiguos monasterios; sin este auxilio es imposible dar un paso; y por lo mismo seria confundir los tiempos y las circunstancias el pretender que se empeñasen en semejantes tareas. Si se nos replica que los monges podrían aprovecharse de los archivos y bibliotecas que existiesen en los países comarcanos, responderemos: primero, que no siempre se ofrecería esta oportunidad: segundo, que aun cuando se presentase, difícilmente fuera de tal naturaleza que suministrase pábulo á trabajos de alguna estension: tercero, que para aprovecharla seria menester que los monges dejasen la soledad, que pasasen temporadas en casas particulares, ya en el campo, ya en los pueblos y ciudades, lo que acarrearía distracción, relajara la disciplina, haciendo descender á los solitarios de la altura mística en que deben mantenerse sobre el resto de los hombres.

Es importante, es necesario que los monges que nuevamente se establezcan, procuren vivir en la mayor abstracción y soledad, que muestren á los ojos del mundo un vivo ejemplo de la mas acendrada virtud, y le recuerden los edificantes modelos de los tiempos primitivos. La incredulidad ha procurado deslustrar por todos los medios imaginables esta clase de instituciones; y una de las artes de que con mas éxito se ha valido, es el achacarles que habian degenerado, que en ellas estaba olvidada la regla de los santos fundadores, encareciendo adrede la austeridad de estos últimos, para ensagar con el contraste la relajación de los contemporáneos. Por este motivo, y supuesto que los enemigos de la religion clavarían ávidamente los ojos sobre los nuevos monasterios con el deseo de descubrir en ellos miras mundanales, conviene que se tenga presente el dicho del Apóstol: *Ab omni specie, mali abstinete vos; abstinete de toda apariencia de mal*. No basta que las acciones no sean pecaminosas: es preciso andar con tal miramiento y cautela, que ni la malicia mas refinada encuentre una rendija por donde herir con su envenenado aguijón. Fuera competencias ni rivalidades de ninguna clase con el clero secular, y mucho menos con los párrocos vecinos: fuera toda pretension que ni de lejos pueda escitar sospechas de miras interesadas ó de complacencia de amor propio: fuera todo lo que pueda lisonjear la vanidad: fuera todo cuanto contribuya á suavizar la austeridad de la vida: fuera lo que disminuya aquella sobriedad en el trato que impide el intimarse demasiado con las familias: es preciso que cuando se lleguen al monasterio los seglares, quede con su solo aspecto edificada la piedad, confortada la fé, confundida la incredulidad y forzada á exclamar como los magos de Egipto: *Digitus Dei est hic: aquí hay el dedo de Dios*.

A estos santos fines no perjudicaría la ocupacion que arriba hemos aconsejado; de la propia manera que el trabajo manual no rebajaba el decoro de los monges primitivos. El estudio de las ciencias naturales y los experimentos análogos, sustituiría dicho trabajo de un modo acomodado al espíritu de la época y mas útil á la humanidad. Si al visitar los curiosos ó los devotos la solitaria mansion, sorprendiesen á un cenobita con una flor en la mano descomponiéndola y examinándola á la luz de la ciencia; á otro disecando un insecto para formar parte de un museo escogido; á otro en la cima ó pendiente de una escabrosa montaña escavando la tierra para estudiar la naturaleza de las capas formadas por los siglos; á otro en el corazon de un espeso bosque observando las leyes del desarrollo de un árbol creciente, ó las de decadencia de otro que cuenta siglos de duracion; nada perdería ciertamente de su crédito la vida manástica, antes al contrario, la consideracion de que aquellos hombres apartados del mundo emplean tan útilmente el tiempo, que los intervalos que les dejan la oracion, los ejercicios de penitencia y el estudio de las cosas sagradas, los invierten en la observacion de la naturaleza, procurando reconocer en sus obras al Criador á quien sirven, y descubrir verdades provechosas á sus semejantes, realzaria mas la sublimidad y belleza del instituto, y contribuiría á desvanecer la preocupacion de que la religion sea enemiga de las ciencias, dado que se las vería estrecharse y solazarse tan amistosamente en el silencio de la soledad.

Hay en la contemplacion de la naturaleza algo de sublime, algo que inspira sentimientos religiosos. La augusta mano del Criador se descubre tan visiblemente en todas sus obras, resplandecen de tal manera en ellas su sabiduría y su poder, que á no éstar cegado por impío orgullo, es imposible fijar sobre las mismas la vista, sin oír el cántico de armonía que se dirige sin cesar del cielo á la tierra. ¿Qué magníficos pasajes no se hallan en la Sagrada Escritura sobre las maravillas de la creacion? ¿quién no recuerda el lenguaje con que el Espíritu Divino hacia hablar al Profeta rey, conduciéndole como por la mano á admirar los portentos de aquel que asentó la tierra sobre sus bases, que señaló sus lindes al mar, que extendió como un pabellon la inmensidad del firmamento? Digna, pues, y muy digna fuera de la vida religiosa, la ocupacion de los monges en el estudio de las ciencias naturales; mas de una vez les sucediera que despues de haber adorado á Dios en el silencio de la oracion, continuarian deshaciéndose en lágrimas de gratitud y de amor al encontrarse de nuevo con su sabiduría y bondad en los arcanos de la naturaleza.

Ademas que estas tareas, á la vez especulativas y prácticas, traen la doble ventaja de ocupar al mismo tiempo el espíritu y el cuerpo, no consintiendo la ociosidad bajo la apariencia del trabajo. Un hombre puede pasar largas horas en su bufete con el libro abierto delante de sus ojos, teniendo el espíritu sumamente distraido y disipado. El jóven que á hora determinada ha de recitar un trozo ó dar cuenta de él, manifiesta la mayor ó menor distraccion que ha padecido en su aposento; ¿pero cómo saberlo, tratándose de quien no está ya sometido á semejante obligacion, y que se retira á su gabinete sin mas testigos que su conciencia? El trabajo puramente manual no está tampoco destituido de inconvenientes, y por mas que digan los afectados encomiadores de todo lo antiguo, no creemos que generalmente hablando fuese útil su restablecimiento. Con bastante estension espusimos mas arriba esta materia; y por lo concerniente á la edificación espiritual de los que le practican, advertiremos que siendo muchos los que no son á propósito para la construccion de artefactos ingeniosos, sería menester dedicarlos á cosas de mera rutina, las que si bien ocupan las manos tienen en cambio la desventaja de dejar ocioso el espíritu. ¿No os parece mas bello, mas digno, mas propio para grangear respeto á los monges y acatamiento á la religion, el que un cenobita fuese visitado en el momento de ocuparse en la resolucion de áridos problemas matemáticos y físicos, en operaciones curiosas y delicadas, que no si se le encontrase puliendo unos mimbres, ó tejiendo un cesto?

Artículo Tercero.

La vida religiosa destinada únicamente á la oracion y á la penitencia en el retiro de la soledad, es conveniente para ofrecer un asilo á la inocencia, al arrepentimiento y al infortunio; y bajo dicho aspecto es de desear que se establezca en España. Pero no es éste el único punto de vista desde el cual queremos mirar los institutos religiosos; algo vemos en ellos ademas de su santidad y sublime poesía; en nuestro juicio está íntimamente enlazado con los mismos el porvenir de la sociedad.

Basada la civilización moderna sobre la libertad universal, y atacando la esclavitud en las colonias después de haberla abolido en Europa, tiene que arrostrar los inconvenientes que consigo trae este inmenso beneficio, y resignarse á satisfacer las necesidades que la nueva condición ha engendrado. Los antiguos reconocían la esclavitud como un elemento social indispensable; presintiendo la dificultad de gobernar un número muy crecido de hombres, los cuales disfrutasen todos de la libertad civil, apelaron á un expediente muy sencillo: privar de dicha libertad al mayor número, y con el sudor de estos infelices vivir y gozar los libres. La religión cristiana no condenó la esclavitud, no atacó los derechos adquiridos; pero miró con desagrado y compasión un estado que tan mal se aviene con la dignidad humana, y que tan fuertes obstáculos oponen al desarrollo intelectual y moral del desgraciado á quien cabe la infausta suerte. Resultó de esto que la esclavitud anduvo desapareciendo á medida que el cristianismo tomó estension y arraigo; y todavía en nuestros tiempos estamos viendo que el espíritu de esa religión de fraternidad y de amor, va procurando que cese en las colonias esta degradante condición levantando enérgicamente su voz el padre de los fieles contra los que se ocupan en el infame tráfico de los negros (1).

La clase de los proletarios ha sucedido á los esclavos: mediando entre ellos la diferencia que estos recibían de sus amos, alimento, vestido, abrigo y demás cosas necesarias para la vida, así en el estado de salud como de enfermedad, y aquellos se lo han de procurar ellos mismos con el trabajo de sus manos, ó recibirlo de la caridad pública. El amo que poseía algunos centenares de esclavos, y en los cuales consistía una buena parte de su riqueza, debía cuidar por interés propio de la conservación de ellos, de la misma manera que atendía á la de sus ganados. Así quedaba la sociedad libre de este cargo, el cual gravitaba exclusivamente sobre el interés individual de los propietarios; siendo de notar que en la parte de semejanza que tuvieron las sociedades antiguas con las modernas en abrigar en su seno pobres no esclavos, se dejaban sentir males parecidos á los nuestros. Bien conocidos son los graves apuros en que se encontraron Atenas y Roma en presencia de una plebe sediciosa y hambrienta que se creía con derecho á ser mantenida del erario público.

(1) Para formarse idea de la influencia de la religión cristiana en la abolición de la esclavitud, y de la conducta observada por la Iglesia católica sobre este particular, véase el tomo I, de la obra titulada: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, por el autor de este artículo.

Libre de la esclavitud la clase proletaria, véase precisada á luchar con las dificultades de su situación, al par que disfruta de sus ventajas; los ricos no tienen interés directo é inmediato en proveer á la subsistencia de un determinado número de individuos; bástales que en tal tiempo y lugar correspondiente, no les falten los brazos necesarios para su servicio. Así, el pobre queda entregado á sus propios recursos, y no consistiendo éstos en otra cosa que en el trabajo, cuando carezca de él, es víctima de la miseria. Un sistema semejante, mirado bajo un punto de vista meramente económico, no puede menos de traer gravísimos inconvenientes, porque supone mucha sobreabundancia de medios de subsistencia, con los cuales se provee á las necesidades de los pobres. El trabajo ha de ser constante, y además retribuido lo suficiente para que el salario alcance á la manutención del jornalero y su familia: dos condiciones sujetas á infinitas eventualidades, y que vemos faltar á cada paso, quedando reducidos á la miseria mas espantosa los que del cumplimiento de ellas tienen pendiente su subsistencia.

Pero la religión cristiana, de la cual ha dimanado la presente organización en lo que tiene de ventajoso á la humanidad, no considera las cosas bajo el aspecto puramente material; á sus ojos el hombre es algo mas que una máquina para elaborar; y la sociedad no se limita á una simple combinación de consumos y productos. El hombre es criado á imagen y semejanza de Dios, destinado á una felicidad sin término en la otra vida: todos los hijos de Adán son hermanos, por haber procedido de un mismo tronco, y sobre todo, por tener todos un mismo Criador, un mismo Redentor, y un mismo fin, que es la bienaventuranza eterna. De estos principios nacen una serie de obligaciones, así para el individuo como para la sociedad; aquel no puede permitir que sus hermanos padezcan hambre, ni sed, ni desabrigo; y en cuanto cabe en sus alcances, debe socorrerlos en las necesidades. La limosna es una verdadera obligación; á ello no le forzarán los tribunales de la tierra; pero si la olvida, sabe que de tal omisión le pedirá cuenta el Soberano Juez en el día del juicio. Sobre la sociedad pesan también deberes no menos graves y rigorosos. La suerte de los desgraciados no puede quedar abandonada á las vicisitudes de la circulación de la riqueza; el legislador está obligado á tener previstos los casos extraordinarios en que pueden sobrevenir calamidades públicas, y á guardar en reserva los medios de desvirtuarlos ó atenuarlos; y en cuanto á los males ordinarios, que son como el patrimonio de la humanidad, debe tener planteado un sistema de socorros, ora fijos, ora intermitentes, que sostengan al pobre en su penuria, y lo alivien en su enfermedad.

De esta manera la libertad no trae consigo el abandono del necesitado á sus propios recursos; pues que el interés del dueño en favor de su esclavo queda sustituido por la desinteresada solicitud de la caridad.

El malestar que siente la sociedad de nuestra época, á pesar del inmenso desarrollo de la riqueza, y de las indisputables mejoras que en muchos ramos se han obtenido, proviene de que la civilización se ha desviado en parte del principio que le dió nacimiento y progreso. El elemento religioso es y ha sido siempre necesario á toda sociedad; pero la europea lo ha menester de una manera especial, porque no estando cimentada sobre la fuerza, antes al contrario, teniendo una decidida propensión á escluirla mas y mas cada día, requiere mayor abundancia de influencia moral, la que no existe sin la religion. La incredulidad y la indiferencia, han estraviado los entendimientos, el principio utilitario ha establecido el egoismo en los corazones; y una sociedad destinada á presentar el mas bello conjunto de estabilidad, bienestar y esplendor, siéntese herida en sus entrañas por enfermedades que le amenazan con los mas graves peligros. El árbol habia crecido hermoso y lozano, y levantaba ya orgullosa su frente coronada de ramos, de flores y de frutos; "esa tierra, dijeron algunos insensatos, fué muy buena para los primeros años del árbol; pero ahora ya no la necesita; trasplántemole á la que nosotros le hemos preparado; allí acabará nuestro ingenio lo que habia comenzado la naturaleza."

Con tan estrañas preocupaciones, no se ha echado de ver la utilidad que podia resultar de las venerandas instituciones que nos legaron los antiguos: todo lo que no estaba pautado sobre la mezquina regularidad de concepciones menguadas y presuntuosas, ha sido condenado como dañoso, ó despreciado como vana superfluidad. Esos filósofos que así reprueban lo que no comprenden, y que de tal manera se empeñan en vaciar el universo entero en el modelo de su pensamiento, se parecen á un jardinero que envanecido con la compasada regularidad de las tablas, senderos y surtidores de su vergel de un centenar de toesas cuadradas, blasfemase contra el Supremo Hacedor por haber distribuido con sublime prodigalidad y en aparente y magnífico desorden, vastisimas llanuras, gigantescas montañas, caudalosos rios y sonoras cascadas.

Uno de los objetos en que la incredulidad se ha mostrado mas ciega y rencorosa, son, á no dudarlo, en instituciones religiosas. No ha visto ó no ha querido ver, que ellas habian servido en todo tiempo para satisfacer grandes necesidades, no solo religiosas, sino sociales y políticas; y que en nuestra época no se debia desaprove-

char un elemento, que bien dirigido, podia remediar ó disminuir muchos males. Afortunadamente el mundo, á pesar de toda su distraccion y desvanecimiento, es todavia mas cuerdo que ciertos filósofos que pretenden guiarle; y vemos que no obstante todas las declamaciones, todos los manejos, y lo que es mas, todas las violencias contra las instituciones religiosas, las acoge presurosa cuando se trata de instruir, moralizar ó consolar. En los paises mas cultos y donde mas estension y arraigo tomaron las preocupaciones irreligiosas, allí vemos que los pobres miran con predileccion y cariño á los *hermanas de la doctrina cristiana*, que se desvelan en comunicarles una instruccion fundada sobre la fé de la Iglesia; al paso que los enfermos bendicen la religion que les envia las *hermanas de la caridad* para cuidarlos, aliviarlos y consolarlos en el lecho del dolor.

¿No decís que el dinero es el agente universal, que el oro es el talisman para obrar los mayores prodigios? pues abrid vuestras arcas, derramad á manos llenas vuestros tesoros, y ved si con todos ellos llegareis á formar una *hermana de la caridad*. La dulzura, la paciencia, la constancia que distinguen á esas mugeres admirables llenas del espíritu de Dios, y señoreadas por el fuego de la caridad, no pueden nacer de motivos puramente humanos. La razon y la esperiencia están de acuerdo en enseñarnos esta verdad; por mas que los enemigos de la religion se hayan empeñado en hacernos creer que realmente puede existir un desprendimiento sublime en hombres que no piensan en Dios, ni esperan nada de la vida futura. No negaremos que un individuo dominado por una fuerte pasion, ó arrebatado por un impulso de noble generosidad, se olvida á veces de su propio interés y hasta de su vida, en obsequio de alguno de sus semejantes; mas si bien se observa, en el fondo de aquel desprendimiento se descubre, ó el amor de la gloria, ó la ceguera que resulta de algun afecto muy fuerte; en fin, se encuentra el apego á sí propio, cuando á primera vista no se descubriera mas que absoluta abnegacion.

Però demos que efectivamente lleguen algunos individuos á poseer el desprendimiento de que se trata, y que sean capaces de ofrecerse en holocausto por el bien de los demas, prescindiendo de la gloria que de ello les resulte, y de cualquiera pasion que los mueva; este fenómeno tan singular y estraordinario, ¿podrá jamas generalizarse? La feliz disposicion de esas almas naturalmente generosas y desinteresadas, ¿es por ventura el tipo de la humanidad, ni siquiera de un pequeño número de hombres? ¿Sobre ese cimiento tan estrecho podrá levantarse nada grande? Rasgos de esta naturaleza dependen de un momento de entusiasmo, y el entusiasmo es

cosa tan pasagera, que no conviene contar con él sino para resultados momentáneos. El corazon humano de suyo tan flaco, y sobre todo tan inconstante, ha menester algo mas que sus propios impulsos para proseguir largos años en una carrera de penalidades, de mortificacion, de humillaciones de todo género, sin esperanza de recibir sobre la tierra la mas ligera recompensa.

Fijemos un momento nuestra consideracion sobre una *hermana de la caridad*. En la flor de sus dias, en la primavera de la vida, cuando la belleza esmalta su semblante, cuando las rosas de la juventud hermosean su tez, cuando sus ojos centellean con el fuego de la adolescencia, cuando el mundo la brinda con un porvenir de ilusion y de placeres, abandona los brazos de sus padres, da el último adios á su tierna madre, se separa para siempre de sus parientes, de sus amigos, deja el cielo que la vió nacer, el pais sembrado de los dulces recuerdos de la infancia, para marcharse á tierras lejanas, á vivir entre personas desconocidas, entrando en una casa donde no se respira sino austeridad y penitencia. Falta de todas las comodidades de la vida, rodeada de privaciones, sola con su corazon y con su Dios, recuerda con triste emocion, tal vez con amargas lágrimas, el amor y las caricias de una madre que á la sazón llora con inconsolable llanto la pérdida de una hija querida de quien se ha separado para siempre. ¡Qué angustias no sufrirá en el fondo de su alma aquella tierna niña, que acaba de resolverse á un paso de tanta consecuencia! Mira en torno de sí, y nada halla sobre la tierra que sea capaz de aliviar su afliccion; y si fija los ojos sobre el porvenir, ¡qué es lo que le está reservado! ¡Ah! al salir de aquella triste y solitaria mansion, ha de sepultarse en un hospital para toda la vida. Ya no hay para ella esperanza de descanso: al lado del enfermo y del moribundo, ha de agotar la copa de amargura, sufriendo incesantemente la vista de las miserias de la humanidad, y arrojando los actos mas penosos y repugnantes. Asquerosas lagas, dolencias pestilentes, groserías de los necesitados, ingratitud de los mismos á quienes está socorriendo, los dias sin reposo, las noches con escaso sueño, y el dia de hoy como el dia de ayer, y el de mañana como el de hoy, y siempre privaciones, siempre molestias, siempre servicios penosos, siempre la presencia de objetos aflictivos, siempre al oido penetrantes ayes, siempre gemidos, siempre el estertor del moribundo, siempre el horror de la muerte: este es su porvenir, esto es lo que la espera hasta los umbrales del sepulcro. Renid toda la filosofia humana, apurad los mas nobles sentimientos del corazon, y ved si de todos podeis esprimir una gota de consuelo para esa inocente criatura, que sola en su retiro está pensando

en lo que fué y en lo que será. No, no hay fuerzas humanas que puedan llevar adelante una resolucion tan sublime; no hay pecho de tan alto temple, que no desfallezca en presencia de tan terrible perspectiva; solo la religion es capaz de inspirar tan heroico desprendimiento; solo Dios es capaz de obrar ese continuado prodigio.

Si la humanidad doliente ha de ser socorrida con tierno cuidado, con solicitud y con amor, preciso es encomendarla á la caridad cristiana. ¡Fiaos en la filantropía, que en el fondo de ella os encontrareis con un cálculo mezquino sobre el salario! ¡Y desgraciado el enfermo, pobre y desvalido á quien se asiste por sola la esperanza del interés! La administracion mas severa no será capaz de endulzar el lenguaje y los modales de los servidores; si á fuerza de rigor se consigue la puntualidad, no se obtendrán jamas la ternura y el amor.

La misma caridad cristiana, obrando aisladamente sobre los corazones, dista mucho de producir los mismos efectos que cuando vive sometida á la severidad de un instituto religioso. Entonces no es el individuo quien obra, sino la misma institucion; y la institucion es una persona sublime, que no muere, no se altera, no sufre las vicisitudes que combaten las almas mas virtuosas, sino que haciéndose superior á todas las pasiones, á todos los deseos, á todas las miras mundanas, atraviesa impassible por entre las miserias de la tierra, sin mas norma que la ley de caridad, sin mas esperanza que el cielo, sin mas objeto que Dios. Ese espíritu que anima á la institucion, se comunica en cierto modo á las personas que la componen, y por esto las vemos obrar de una manera tan extraordinaria, que desconcierta todas las combinaciones de la prudencia humana. Lo que acabamos de describir no es una ficcion poética, es un objeto real y verdadero, que existe entre nosotros, que le podemos ver cuando bien nos parezca, y cuyos benéficos efectos experimentan á cada paso la enfermedad y la miseria. Reflexionen sobre ello los hombres que con insensata precipitacion condenan todos los institutos religiosos; vean si no hay aquí mucho de qué asombrarse, aun prescindiendo de toda creencia religiosa, y considerando los objetos bajo un punto de vista de filosofia y de humanidad.

Se nos dirá que hemos presentado adrede un instituto bello y sublime, y contra el cual nada puede objetar quien no esté destituido de todo sentimiento de amor hácia sus semejantes. Pero obsérvese que lo que hemos tratado de hacer, es poner en salvo el principio combatido, demostrar hasta la evidencia que la religion alcanza á un punto á que no se acercarán jamas los mayores esfuerzos humanos, hacer palpable que en los institutos religiosos, las virtu-

des multiplican sus fuerzas, y por consiguiente evidenciar que era una imprevisión suma, una crueldad, un delito de lesa humanidad el condenar todo instituto religioso, el oponerse sin distinción á que ellos renazcan; cuando no para otro objeto, al menos para acudir á las necesidades que tan en descubierto se hallan en las sociedades modernas. Porque conviene no olvidar que no son solamente los enfermos los verdaderamente necesitados; hay esa muchedumbre de pobres á quienes las vicisitudes de la industria amontona frecuentemente en las calles y en las plazas, pidiendo un bocado de pan para sus numerosas familias; hay esas clases trabajadoras que sin instrucción, sin educación, sin conocimiento de sus deberes, se hallan abandonadas á sus malos instintos, sin mas freno que el temor de la vindicta pública; hay esas mugeres que comienzan la carrera de sus debilidades en los establecimientos fabriles, y acaban por sumirse en la corrupción mas asquerosa; hay esa infancia de quien nadie cuida; en quien nadie piensa, que solo oye la obscenidad y la blasfemia, que asiste á menudo á escenas de escándalo, que divaga por los lugares públicos entregada á sí misma, creciendo en años y en perversidad, para continuar una vida inmoral, y tal vez cargada de crímenes. Estas necesidades son grandes; es urgente atender á ellas; en el estado actual de la sociedad, es muy peligroso olvidarlas. El extravío de las ideas, la corrupción de costumbres y el enflaquecimiento del ascendiente religioso, han hecho la situación mucho mas crítica; lo que antes se llenaba mas ó menos cumplidamente, ahora ha quedado totalmente desatendido; véase, pues, si no será conveniente que se permita, que se proteja el establecimiento de aquellos institutos religiosos que sean á propósito para satisfacer tamañas necesidades: interésanse en ello, la religion, la humanidad, la política, el porvenir del orden social, y hasta la prosperidad material de los pueblos. No olvidemos que en España no hay otro medio eficaz de influir sobre el mayor número, que la religion católica: no olvidemos que esta religion, dejándola obrar con libertad é independencia, posee el secreto de escogitar los medios mas conducentes para satisfacer las necesidades de cada época: no olvidemos que cuando la irrupción de los bárbaros, hizo necesarias grandes asociaciones que conservasen los restos de la civilización antigua, y preparasen y fomentasen el desarrollo de la moderna, se vieron en el seno de Europa innumerables monasterios que conservaban el depósito de las ciencias y de las artes; recordemos que cuando las incansables guerras con los musulmanes, y sus frecuentes incursiones sobre las costas de los cristianos, aumentaron lastimosamente el número de los cautivos, nacieron en la Iglesia católi-

ca órdenes redentoras, cuyos individuos se consagraban á la piadosa obra de liberrar á sus hermanos, ofreciéndose, si era menester, ellos mismos en lugar del cautivo á quien se proponian redimir. Traigamos á la memoria, que cuando el descubrimiento del nuevo mundo reclamó colonias civilizadoras que templasen algun tanto la ferocidad de las conquistas, iluminasen á los pueblos que estaban sentados en las sombras del error, y los condujesen á una generacion que los asemejara á los europeos, allí acudieron los institutos religiosos con la cruz en la mano, predicando fraternidad y paz, en tierras donde no se conocian sino el horror de la guerra y la ignominia de la esclavitud. Dejemos, pues, obrar al Catolicismo en plena libertad; dejemos que la enseña de redención se levante en todos los puntos donde la caridad quiera plantarla, y no dudemos que las necesidades que abruma á la sociedad moderna, quedarán satisfechas en cuanto lo permite la mísera condicion humana en esta tierra de infortunio; lo que podemos obtener de una religion divina, no lo demandemos á los vanos pensamientos del hombre.

